

astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO
URTEKARIA

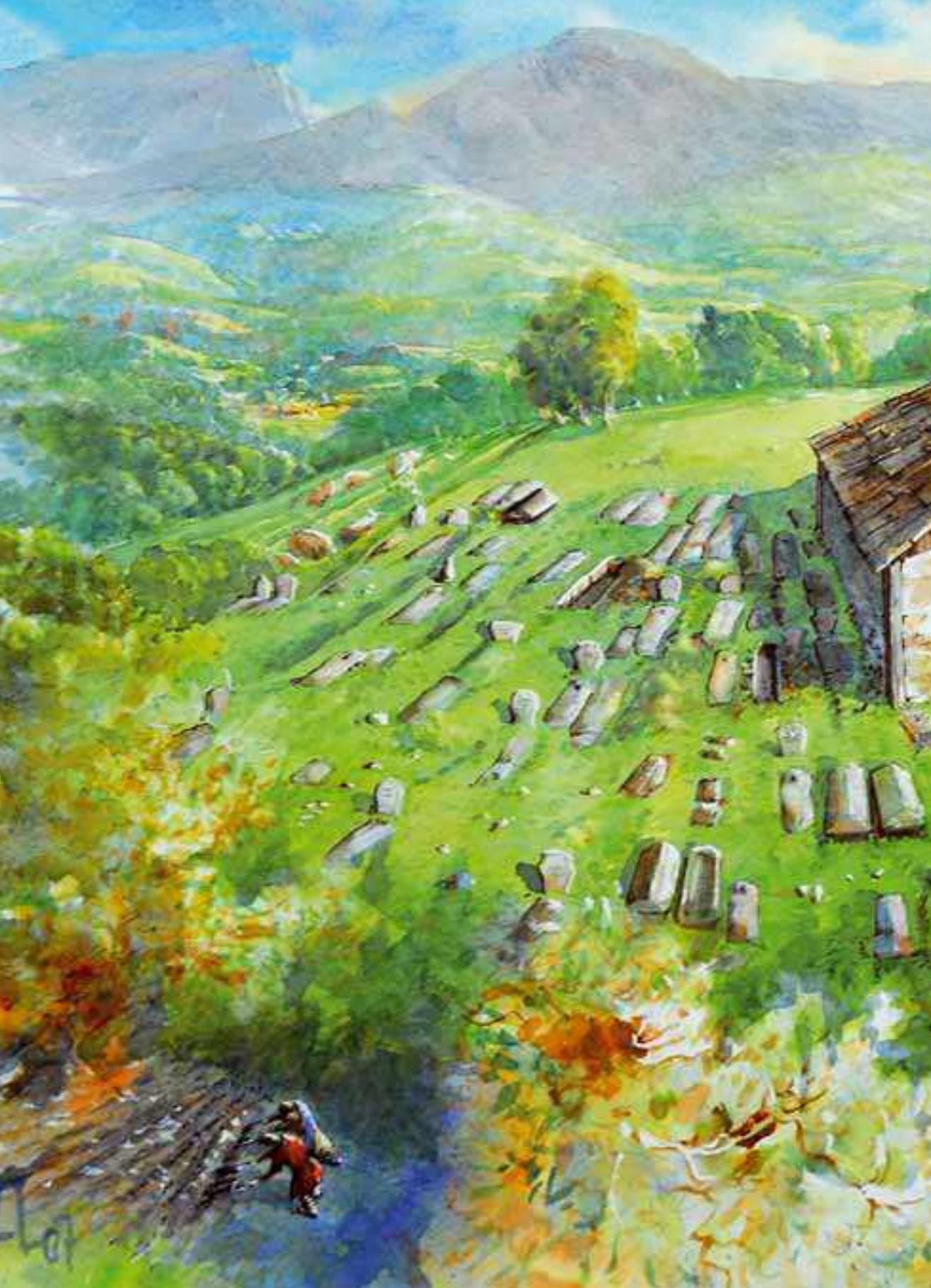
1.zk 2007

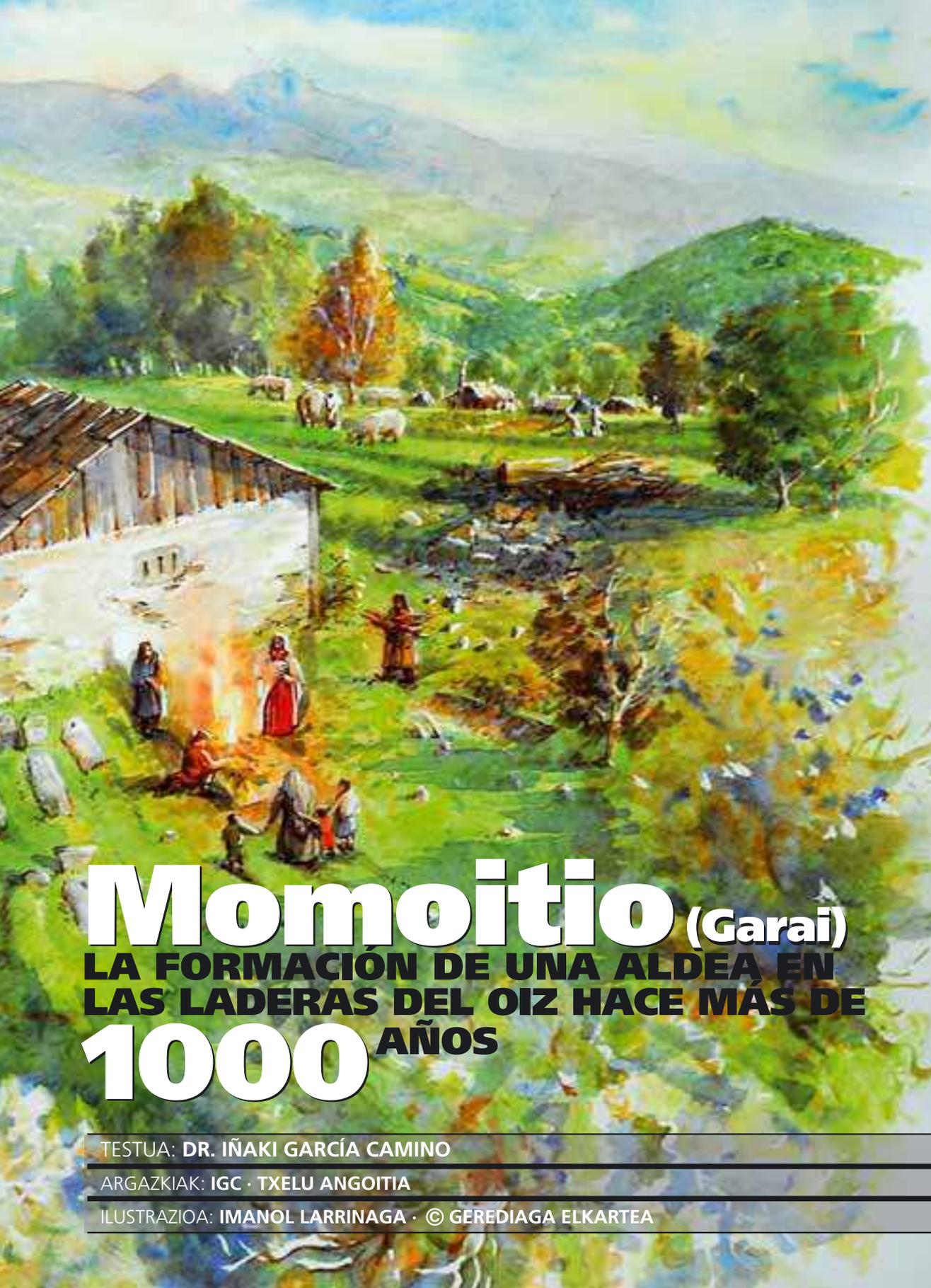
3,80 €

**ANDRAZKOAK JAI
ETA DANTZETAN**

**EZKURDI, TESTIGO
DE UN PUEBLO**

**AHT
DURANGALDEAN
ZEHAR**





Momoitio (Garai)

**LA FORMACIÓN DE UNA ALDEA EN
LAS LADERAS DEL OIZ HACE MÁS DE
1000 AÑOS**

TESTUA: DR. IÑAKI GARCÍA CAMINO

ARGAZKIAK: IGC · TXELU ANGOITIA

ILUSTRAZIOA: IMANOL LARRINAGA · © GEREDIAGA ELKARTEA

Momoitio

LA FORMACIÓN DE UNA ALDEA EN LAS LADERAS DEL OIZ HACE MÁS DE

1000 AÑOS

"Momoitiokoei, eta bereziki Milikua familiari, haien etxean ikertzen uzteagatik."

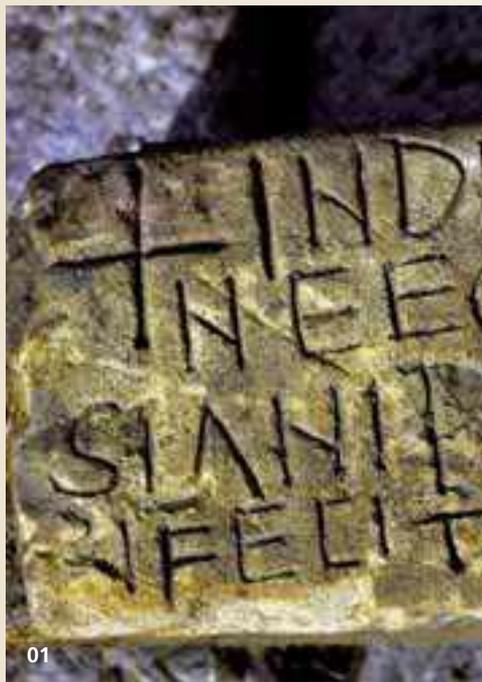
Hace ya 25 años que los vecinos de Momoitio (Garai) nos permitieron levantar piedras, remover tierra y excavar en sus campas para buscar las huellas que habían dejado los hombres y mujeres que nos precedieron y, en definitiva, para conocer un poco mejor nuestra historia: la historia de Euskal Herria. No la historia de los Señores de Bizkaia, de las familias principales o de los grandes linajes feudales, sino la historia de personajes cuyos nombres no fueron escritos en las Crónicas y que, sin embargo, construyeron el País.

Hoy, cuando el yacimiento arqueológico de Momoitio es conocido en los círculos académicos y es estudiado en los manuales universitarios, es nuestra obligación

devolver a los vecinos lo que hace 25 años nos dieron, parte de su memoria histórica, mostrándoles el importante patrimonio que conserva su municipio y que, a menudo, pasa desapercibido por formar parte del paisaje cotidiano.

Entonces, como ahora, nos preocupaba la Edad Media porque intuíamos que nuestro mundo, nuestras concepciones mentales, nuestros pueblos, y en parte nuestras instituciones arrancaban de esa época. Una época que el mismo Ignacio Barandiaran consideraba más desconocida que la prehistórica.

Por ello, entre 1982 y 1985 se excavó el entorno y el interior de la ermita de San Juan Bautista de Momoitio, con el objeto de determinar el origen de la anteiglesia, y conocer las formas de ocupación



01



y organización del espacio de hace más de 1000 años, en fin la formación histórica de Bizkaia.

Las excavaciones pusieron al descubierto los cimientos de una iglesia de piedra rodeada por un cementerio con más de 150 sepulturas de diversos tipos de las que se excavaron 113 (las restantes se conservan "in situ") y los vestigios de las terrazas de cultivo que los primeros habitantes de Momoitio construyeron y que todavía pueden intuirse en las huertas de los alrededores.

De estos hallazgos habría que reseñar, además, dos características que otorgaron un interés mayor al yacimiento; un interés que entonces ni siquiera sospechábamos:

- Las cubiertas de las sepulturas de ese cementerio presentaban un rasgo original ya que tenían un orificio en uno de sus extremos. Aunque cubiertas similares hemos hallado también en otras necrópolis del entorno del Oiz, todavía después de tantos años no han sido descubiertas en otras áreas geográficas, lo que singulariza este espacio, dotándole de unidad cultural.

- La cronología de la necrópolis era 200 años más antigua de lo que pensábamos ya que si en el documento fundacional de San Agustín de Etxebarria de 1053 se menciona por vez primera la existencia de una iglesia en Garai, los análisis de C.14 nos permitieron retrotraer hasta los comienzos del siglo IX el origen de la necrópolis y por tanto el inicio de la barriada.



01- Epígrafe fundacional de la ermita de Sta. Cruz de Memaia, Elorrio. S.X.

02- Sepultura en Momoitio. SIX-X

03- Estela en Momoitio



Sepultura de muro. S IX-X

que vivía en poblados itinerantes; que se organizaba en tribus y clanes, y que se enterraba en túmulos o dólmenes como lo hacían sus antepasados 1300 años antes. En fin, que vivía según formas de vida casi prehistóricas, siendo uno de los pueblos más atrasados de Europa: el último reducto de la Prehistoria, según algunos autores.

Los hallazgos de Momoitio y Garai y los que posteriormente se han realizado en algunos puntos del Duranguesado (Memaiá, Mendraka en Elorrio), del valle del Nervión (Finaga o Abrisketa) o de Arratia (Elgezua, Arzuaga o Alzusta) han permitido cuestionar esos planteamientos que hoy en día están ya superados, aunque habitualmente se recurra a ellos e incluso se sigan

explicando en las escuelas.

De esta nueva historia, diferente a la que conocíamos y que ha podido construirse gracias a las excavaciones arqueológicas, de las que Momoitio fue la primera, vamos a hablar. Expondremos primero los datos arqueológicos recuperados en Momoitio para después mostrar las diferentes estrategias de ocupar y explotar el espacio del Duranguesado, síntoma de transformaciones históricas relevantes.

Ambos datos han sido de sumo interés para reconstruir la historia que vamos a comentar.

Algunos años después de haber concluido la excavación de Momoitio, en 1989 volvimos a excavar en Garai. Esta vez a petición del Ayuntamiento para evaluar el hallazgo de algunas sepulturas descubiertas casualmente delante de la iglesia de San Miguel al habilitar el acceso al cementerio actual. Y nos encontramos con una necrópolis similar a la de Momoitio con cubiertas

sepulcrales horadadas utilizadas cuando menos desde el año 840, según el C.14.

Todavía los datos estaban en bruto, pero *empezábamos a vislumbrar una historia diferente a la que habíamos aprendido*. Así se consideraba que hasta la fundación en el siglo XIII de los primeros núcleos urbanos dotados de carta puebla, como Durango, apenas existía población en Bizkaia; que ésta se dedicaba exclusivamente a actividades ganaderas y trashumantes;



UNA ALDEA DEL SIGLO IX

Momoitio

ANTES DE QUE SE CONSTITUYERA LA ALDEA DE MOMOITIO A COMIENZOS DEL SIGLO IX, EL LUGAR YA HABÍA ESTADO OCUPADO.

EPOCA Romana

En el siglo II d.C. se instaló en la terraza de Momoitio una población que incorporó a su cultura material elementos propios del mundo romano (ollas de cerámica común local y vasijas de *terra sigillata*) llegados desde los asentamientos costeros del territorio. Desconocemos, por el alto grado de destrucción que presentaban los vestigios atribuidos a este periodo, la naturaleza, entidad y características del asentamiento. Es probable, sin embargo, que fuera creado, por efecto de la política colonial romana, orientada a la búsqueda de nuevos mercados y a la explotación de los recursos naturales del territorio: el hierro encartado, el mármol de Ereño o la madera de sus bosques. Ello supuso la reorganización del poblamiento precedente, o dicho de otro modo, el abandono de los antiguos castros o poblados fortificados de altura, cuya población pasó a instalarse en asentamientos más modestos, pero más aptos para el desarrollo de las nuevas estrategias productivas. En este sentido la ocupación por vez primera de la terraza donde 800 años más tarde se formó la aldea de Momoitio, debió de producirse tras la desocupación del cercano recinto fortificado de Tromoitio, situado sobre el actual pueblo de Garai, donde todavía se aprecian gruesos muros de más de dos metros de anchura rodeando la colina.

Anillo S. IX



Anillo S. IX



Cuenta S. IX





ALTA Edad Media

SIN CONTINUIDAD CON RESPECTO AL PERÍODO ANTERIOR, EN EL SIGLO IX LA TERRAZA FUE DE NUEVO OCUPADA POR UNA COMUNIDAD QUE ROTURÓ ESE ESPACIO Y CONSTRUYÓ EN ELLA SUS VIVIENDAS, SU IGLESIA Y SU CEMENTERIO, EN EL QUE AFLORABAN ALGUNAS LAJAS VERTICALES QUE SEÑALABAN EL LUGAR DE LAS INHUMACIONES Y ALGUNAS TAPAS DE SEPULTURAS SOBRE LAS QUE, EN DETERMINADAS OCASIONES, SE REALIZABAN DIVERSOS RITUALES RELACIONADOS CON EL FUEGO.

La iglesia

Era una construcción de planta rectangular y reducidas dimensiones, apenas 15 metros cuadrados, construida con los materiales que el medio proporcionaba: piedra y postes de madera que sustentaban una cubierta de tabla y materiales vegetales.

Tan humildes como ésta debieron de ser otras iglesias que por la misma época construyeron los vecinos de otras aldeas próximas y que están pendiente de excavaciones arqueológicas: Garai, Andikona (Berriz), Zengotita (Mallabia), Mendraka o Gazeta (Elorrio). Pero junto a estas iglesias modestas construidas por comunidades aldeanas cuyos excedentes eran reducidos, existieron otras mejor trabajadas, cuyos propietarios reprodujeron

formas arquitectónicas que recordaban vagamente las grandes construcciones promovidas por la monarquía asturiana o por los grandes centros eclesiásticos del Norte Peninsular a finales del siglo X. Así, reutilizadas en las ermitas de San Martín de Amatsa y de Andra Mari de Goiuria en Iurreta se pueden observar dos ventanas conseguidas al horadar en un bloque de arenisca de las canteras del Oiz dos huecos estrechos, separados por una columnilla o parteluz.

En ocasiones, en los muros se colocaba alguna piedra con inscripción que conmemoraba la fundación del templo o su consagración. Ninguna se ha recuperado en Momoitio, pero en las excavaciones del monasterio de Memaia (Elorrio) los arqueólogos desenterraron



Ermita de San Juan de Momoitio

una de esas lápidas, hoy conservada en el Museo Arqueológico de Bilbao, en la que se puede leer en la lengua oficial del momento, el latín, que un cargo eclesiástico, el presbítero Casiano, construyó dicha iglesia.

En el interior de estas iglesias, junto a la pared del Este estaba colocado el altar, como en la



Momoitio. Garai.



Ventana en Andra Mari de Goiuria (S.X)

actualidad, separado del muro. En el transcurso de las obras de reparación de las ermitas de San Martín de Amatza y San Bartolomé de Miota se hallaron dos bloques cuadrangulares cuya altura no sobrepasa los 0,96 metros sobre los que debieron apoyar los tableros de la mesa del altar. Estos bloques presentan en la zona superior un pequeño hueco de 4 ó 5 centímetros de profundidad donde eran depositadas, en una pequeña caja de madera, las reliquias que supuestamente pertenecían a los santos a los que estaban dedicados los templos. A su alrededor se extendía

El cementerio

De hecho, en la Alta Edad Media la fundación de una iglesia implicaba también la acotación

de un espacio más amplio en su entorno que gozaba de los mismos privilegios, y que estaba reservado para enterrar a los fieles fallecidos de la comunidad. Y es que hasta el siglo XIV los enterramientos dentro del templo estaban prohibidos por la legislación civil y canónica.

En el cementerio se distinguían distintas zonas:

Una de *prestigio*, situada junto a los muros de la iglesia, y otra, *marginal*, alejada de los mismos o en el lado más sombrío y húmedo, el norte, donde el número de enterramientos se reducía, en el caso de Momoitio, a tres individuos. Ello demuestra la existencia de un espacio simbólico o valor del suelo del cementerio.

En estos cementerios altomedievales se observa *variedad de prácticas funerarias* derivadas de un ritual común. Predominan las inhumaciones en sepulturas con un solo difunto, colocado en posición de decúbito supino, mirando hacia el Este y sin ningún tipo de ajuar, aunque había algunas excepciones. En Momoitio tres hombres de edades comprendidas entre 20 y 40 años fueron enterrados con sus respectivos anillos. Estos debieron de ser realizados en un mismo taller dado que los tres fueron elaborados con el mismo material y presentaban formas y decoraciones muy similares. Son de frente oval, decorados con motivos astrales conseguidos mediante técnica de puntillado.

La mayor parte de los miembros de la comunidad se enterraron en sepulturas excavadas en la tierra y en ocasiones rodeadas de piedras formando pequeños muros que delimitaban la fosa. Sólo unos pocos lo hicieron en sepulcros de piedra de los que se conserva uno delante de la cercana ermita de Santa Catalina que probablemente proceda de Momoitio, similar a los existentes en la conocida necrópolis de Argiñeta (Elorrio).

En Momoitio muchas sepulturas fueron cubiertas con gruesas losas de arenisca extraídas de las canteras del Oiz, toscamente talladas y con un orificio en su extremo Oeste de 7 cm de diámetro.

Sobre ellas se realizaron hogueras rituales que son testimonio de la operatividad de costumbres precristianas.

De estas costumbres tenemos más evidencias. Junto a los difuntos se colocaron a la altura de la cabeza,

del pecho o de la pelvis cuentas de collar, dientes de animales o piezas de sílex, que interpretamos como amuletos, cuyo objeto era proteger a los difuntos o conjurar a los malos espíritus.

Para señalar las sepulturas y evitar que fueran destruidas al hacer nuevos enterramientos, se hincaban piedras verticales que destacaban en el terreno y que conocemos con el nombre de estelas. Por lo general eran anepigráficas (es decir sin decoración ni texto), pero en algunas ocasiones llevaban una inscripción escrita en latín donde se indicaba el nombre del difunto y, en ocasiones su condición, precedido de la invocación a Dios "*in dei nomine*". Gracias a estas piezas conocemos los nombres de algunos vecinos de la primera aldea de Momoitio: *Aostarri, Hoitarri, Munnio, Semproni o Anterazoni*.

Esta comunidad era cristiana, aunque en lo referente al culto de los

muestrados se constató, como se ha señalado, la pervivencia de determinadas prácticas precristianas observadas también en contextos europeos de la tardoantigüedad y alta edad media, como el encendido de hogueras rituales sobre las cubiertas horadadas de las sepulturas o la deposición junto al fallecido de algunas cuentas de collar u objetos a modo de amuleto. El mantenimiento de estas costumbres no significaba que la población de Momoitio estuviera aislada y en estadios de evolución próximos al de las colectividades gentilicias, dado que su estructura social debió ser más compleja de lo que en determinadas ocasiones se ha pretendido. Así la variedad de las tipologías sepulcrales, los anillos que portaban algunos individuos diferenciándose de los demás, y el uso restringido de las estelas decoradas y con inscripción son síntoma de las diferencias sociales existentes entre los miembros de la aldea.



Cubierta horadada S.IX-X (Momoitio)



Los individuos

los estudios antropológicos realizados de los esqueletos recuperados en las excavaciones y que se conservan en el museo arqueológico de bilbao se deduce que muchos morían jóvenes, antes de los 14 años, pero superado ese período crítico relacionado con la infancia y primera juventud, las perspectivas de supervivencia eran mayores, especialmente para los hombres, dado que las mujeres corrían el riesgo de morir en el parto o durante el periodo de gestación, como se comprobó en dos enterramientos. en cualquier caso, no debió ser fácil para ninguno de ambos sexos superar la edad de 40 años, aunque algunos podían llegar a los 60. físicamente no eran altos ni robustos: las mujeres rondaban 1,55 metros y los hombres 1,68.

Los espacios adrícolas y ganaderos

Apenas sabemos a qué se dedicaban los habitantes de Momoiito. De ello nada dicen las fuentes escritas y todavía la arqueología no ha proporcionado datos determinantes. Pero de los indicios

disponibles se deduce que, además de cuidar los ganados, cultivaban las tierras próximas a las viviendas, plantando en ellas hortalizas, manzanos y cereales como el mijo o la escanda (variedad de trigo adaptada a climas húmedos). Así lo han demostrado los análisis de los dientes de los esqueletos recuperados en la necrópolis que, según los antropólogos, presentaban desgastes característicos de una dieta alimenticia a base de esos productos. Poseían, además, conocimientos de cantería y mantenían contactos con otros pueblos del norte peninsular, como evidencian los caracteres gráficos y el formulario de las inscripciones de las estelas o la reproducción de formas arquitectónicas de los centros de poder próximos.

Con la información recuperada, podemos decir que el espacio de la aldea se articulaba en torno a dos referentes: la iglesia y necrópolis. En la zona más próxima a éstos debieron instalarse sencillas viviendas construidas con madera, cuyas huellas tal vez puedan detectarse bajo los dos caseríos que actualmente constituyen el barrio. De ese centro partían diversos caminos que conectaban las distintas áreas productivas entre sí, subdivididas

en parcelas de las que algunas fueron aterrazadas ya en la alta Edad Media, según comprobamos en los sondeos realizados, para dedicarlas al cultivo y evitar la erosión de los suelos, de escaso espesor.

Rodeando este espacio se extendía un amplio término caracterizado por su abrupta geografía, con terrenos inclinados y sombríos dedicados a la ganadería o dominados por el bosque, sin que en origen estuviera parcelado. Eran bosque de robles, hayas y avellanos, entre los que crecían también fresnos o alisos, en las zonas más húmedas. Estos bosques eran explotados comunitariamente por los vecinos, que encontraban en ellos madera para construir sus casas y calentar sus hogares, frutos silvestres para completar la dieta alimenticia de la población y recursos suficientes para mantener sus ganados, principalmente vacas, y en menor medida cerdos y ovejas, que eran empleados como animales de tiro para apoyar el trabajo agrícola o como productores de leche, a juzgar por los restos recuperados en las excavaciones, pertenecientes a individuos adultos.



Garai



Ventana de S. Martín de Amatza (S.X)

PLENA Edad Media

A FINES DEL SIGLO XI, CUANDO EL CEMENTERIO ORIGINARIO, SITUADO AL SUR Y ESTE DE LA IGLESIA, ESTABA PRÁCTICAMENTE OCUPADO, SE HABILITÓ AL OESTE UN NUEVO ESPACIO PARA EFECTUAR LOS ENTERRAMIENTOS.

A fines del siglo XI, cuando el cementerio originario, situado al Sur y Este de la iglesia, estaba prácticamente ocupado, se habilitó al Oeste un nuevo espacio para efectuar los enterramientos. En él se pudo observar un cambio en el ritual. Las sepulturas fueron más sencillas, se utilizó poco la piedra, se olvidó la costumbre de encender hogueras sobre las cubiertas, de colocar amuletos junto a los difuntos, o de individualizar las sepulturas con estelas. Al mismo tiempo se reservó una zona para enterrar a los niños menores de 7 años, creando espacios más funcionales que simbólicos, y se delimitó físicamente el espacio religioso separándolo, así, de los prados, de las tierras de cultivo y de las viviendas de los alrededores.

Durante esta época la aldea de Momoitio parece haber comenzado su declive. La población era

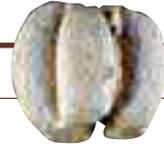


Cuenta de collar S.IX

menor, los enterramientos estaban más dispersos y la cultura material era más pobre; síntoma del abandono progresivo de las instalaciones del cementerio en beneficio de otro centro espiritual, próximo y de mayor prestigio que atrajo a la población.

De esta forma, en el siglo XII, el antiguo cementerio que había servido a la pequeña comunidad de Momoitio durante más de 200 años, se dejó de utilizar y los vecinos se vieron obligados a enterrar a sus difuntos en otras iglesias, propiedad de jauntxos locales que habían conseguido prestigio económico y social.

Pero hubo más cambios: En los bosques se abrieron algunos claros y pastos deliberadamente preparados mediante roturación, que pasaron a ser explotados a título individual, lo que supuso un recorte significativo de los derechos de aprovechamiento colectivo y que tal vez puedan identificarse con los "seles" (o cotos ganaderos de forma circular) que según la documentación de los siglos XIV y XV pertenecían a la poderosa abadía de Zenarruza, situada en la otra vertiente del monte Oiz, y que todavía hoy se pueden apreciar en las fotografías aéreas en número realmente sorprendente.



LA FORMACIÓN DE LAS ALDEAS DEL OIZ Y SU INTEGRACIÓN EN LA ESTRUCTURA ECLESIAÍSTICA DEL SIGLO XII.

LA INFORMACIÓN PROCEDENTE DE LAS EXCAVACIONES DE MOMOITIO HA PERMITIDO INTERPRETAR OTROS RESTOS ARQUEOLÓGICOS DEL ENTORNO Y CONOCER ALGUNOS ASPECTOS DE LA HISTORIA DEL DURANGUESADO ENTRE LOS SIGLOS IX Y XII.



Así, se hallaron restos similares en la misma parroquia de San Miguel de Garai, en Gouiuria, Amatza (Iurreta), Andikona (Berriz), Zengotita (Mallabia), Zenarruza, Arta, Bolibar (Bolibar), Gerrika (Munitibar) o Iturreta (Markina-Xemein). Y es que, como en la mayor parte de la Europa atlántica, también en el Duranguesado se fue configurando una red de aldeas a partir del siglo VIII, más o menos parecidas a la de Momoitio, que nada tenían que ver con las anteriormente existentes, ni con la supuesta sedentarización de familias extensas organizadas en clanes. En las laderas del Oiz, se erigieron más de 45 aldeas (la mayoría, hoy convertidas en barriadas), en lugares hasta entonces poco ocupados y abiertos a nuevas posibilidades de explotación económica de orientación agropecuaria.

Las nuevas aldeas sirvieron de asiento a apenas una



Muralla del recinto fortificado de Troitoio. Garai.

veintena de individuos, organizados en familias provistas de cierta autonomía socioeconómica, dotadas de tierra propia junto a las viviendas, de una iglesia con su cementerio y de una amplia zona de monte cuyos recursos eran explotados comunalmente. Todas ellas presentan algunos rasgos comunes que nos hacen pensar en la existencia de una unidad cultural articulada en torno al monte. Un monte que lejos de separar a la población, la unía, como lo demuestra la existencia de similares rituales funerarios, específicos de la zona, que no han podido identificarse en otros lugares. En esa época el valle debía resultar poco atractivo para la población al ser un lugar húmedo,

sombrío encharcado, sometido a inundaciones y en consecuencia poco apto para vivir, para cultivar cereales, leguminosas o árboles frutales o para el mantenimiento de la cabaña ganadera. De hecho el fondo del valle no se ocupó hasta la fundación de la villa de Durango a mediados del siglo XIII, y lo hizo por la necesidad de reforzar la ruta comercial que unía Castilla con los puertos del Cantábrico.

La aparición de las aldeas no se produjo de forma sincrónica, sino que respondió a un proceso de larga duración reflejo y resultado de las transformaciones económicas tendentes a integrar la ganadería y la agricultura, de una

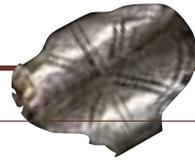
evangelización masiva y de una política de fundaciones impulsada

desde el poder, por los reyes y los condes entrado ya el siglo XI.

Durante un tiempo estas aldeas del Oiz debieron de ser dueñas de su destino. Sólo dependían del monarca, que además estaba muy lejos, en Oviedo, en León o en Pamplona, y supieron utilizar los mecanismos que el sistema les proporcionaba para evitar que el fruto de su trabajo revertera en los poderosos. Por ello construyeron iglesias pobres, pero de su propiedad, ya que entonces las iglesias no dependían de la estructura eclesiástica como en la actualidad. A estas iglesias entregaron sus excedentes productivos en forma de ofrendas, diezmos e impuestos religiosos, de forma que estos no pudieran ser retenidos por los señores. Prueba de ello es que en la ermita de Santa Lucía de Gerrika, situada en la vertiente septentrional del Oiz, se localizó un silo donde los vecinos almacenaban parte de sus cosechas.

Internamente, estas comunidades debieron de estar regidas por *hombres de terra* o grupo de personajes que debido a su prestigio derivado, probablemente del papel que desempeñaron en las fundaciones o en las nuevas roturaciones o en los bienes y divisas que tenían dentro de la aldea asumieron la representación de la comunidad. De esta organización todavía quedaban vestigios en el siglo XI.

Pero con el tiempo, estos representantes se convirtieron en una



nobleza de nuevo cuño que progresivamente asumió el patronato, la propiedad de las iglesias y, en consecuencia, acabó por apropiarse del trabajo realizado por las comunidades.

Estos señores no se conformaron con controlar exclusivamente aquellas iglesias situadas en la aldea donde tenían la mayor parte de sus bienes, sino que intentaron ampliar su poder, absorbiendo otras y participando, así, de los beneficios que proporcionaban. Se produjo, en definitiva, una nueva ordenación del espacio que se sustentó en la fundación o refundación de determinadas iglesias que concentraron funciones económicas y parroquiales en detrimento de los antiguos núcleos y que, con el paso del tiempo, llegaron a definir nuevos ámbitos de relación vecinal, dando origen a las anteiglesias.

En este sentido es significativo que cuando en 1053 los condes del Duranguesado (don Munio Sanchez y doña Leguntia) fundaron el monasterio de San Agustín de Etxebarria le donaron parte de sus bienes, entre ellos una serna o tierra de cultivo en Garai, lo mismo que hicieron algunos señores de las aldeas de Mendraka, Berrio o Miota. Debido a estas donaciones las pequeñas iglesias rurales construidas por los campesinos en torno al año 1000, vieron reducidos sus ingresos. En consecuencia, las aldeas fueron perdiendo autonomía y acabaron convertidas en barriadas, sus templos en ermitas y los cementerios se trasladaron junto



Cuenta de collar S.IX

a las nuevas iglesias, más amplias y de propiedad señorial. Estas iglesias que terminaron concentrando funciones parroquiales o, en otras palabras, el derecho a administrar los sacramentos, nombrar clérigos y percibir ingresos a través del cobro de diezmos o de donaciones piadosas.

Durante este periodo las dos aldeas del actual municipio de Garai (Momoitio y Garai) acabaron en manos del monasterio de Abadiño, cuyo enérgico abad, miembro del séquito del Conde de Bizkaia, fue capaz de enfrentarse a una de las abadías más poderosa de la cristiandad: la de San Millán de la Cogolla por el control de la pequeña iglesia de Arandia (Iurreta) y, probablemente, del de Berriz, beneficiario también de este proceso de concentración de bienes y rentas eclesiásticas, como se desprende de su ampliación en estilo románico, siguiendo

las modas constructivas de la época. Ni en Momoitio, ni en Garai debió de existir un señor con la suficiente fuerza capaz de aglutinar las antiguas aldeas en una anteiglesia. Por ello se abandonaron las necrópolis, aunque la población continuó ocupando y explotando ese espacio.

Dr. Iñaki García Camino

Arqueólogo de la Diputación Foral de Bizkaia. Profesor-tutor de la U.N.E.D. de Bergara.